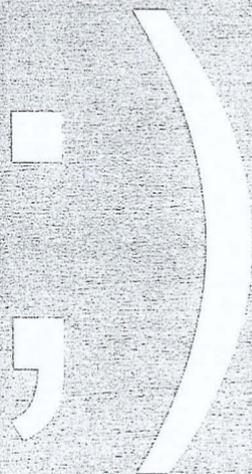


El lenguaje de los jóvenes

Félix Rodríguez (coord.)



CAPÍTULO 1

LENGUAJE Y CONTRACULTURA JUVENIL: ANATOMÍA DE UNA GENERACIÓN

FÉLIX RODRÍGUEZ GONZÁLEZ
Universidad de Alicante

1. Juventud, marginación y lenguaje

En todas las épocas, las revoluciones y las grandes transformaciones políticas se han visto acompañadas de cambios en el lenguaje. Una época particularmente significativa en la historia del siglo XX fue la década de los sesenta, caracterizada por un acusado desarrollo económico. El consumismo que acompañó al boom de los sesenta corrió parejo con acontecimientos e innovaciones de enorme trascendencia social, tales como la masificación del turismo, la emigración, el notable auge de los medios de comunicación —en especial la televisión, que entró entonces en escena—, todo lo cual redundó en una mayor intercomunicación y se coronó con una apertura política del sistema. Aunque los cambios sociológicos producidos afectaron a la población en su totalidad, fueron sin duda los jóvenes los principales beneficiarios así como sus máximos protagonistas, un protagonismo sin precedentes en la historia del movimiento juvenil, que hizo que se hablara de los jóvenes de los sesenta. Lo más destacado y característico fue la revolución que introdujeron en la esfera de las costumbres entre cuyos signos externos figuran la indumentaria extravagante, colorista y descuidada, las melenas, los pósters, los discos y la música estridente, relaciones sexuales, etc.

Con estos y otros ingredientes la juventud pasó a considerarse casi como una nueva clase o estamento social, que tomó conciencia de sí misma y de su poder rompiendo con la atonía de épocas pretéritas. Tal vez el mayor exponente fue la fuerza que en ese momento cobró la contestación estudiantil, especialmente universitaria, motivada no sólo psíquicamente, como efecto del llamado salto o brecha generacional, como muchos gustan de recalcar, sino también como actitud de oposición ante el despotismo de las autoridades sociales y políticas. La génesis del movimiento se asocia a fechas y lugares hoy míticos —Berkeley (1965 y

1967), París (mayo de 1968)—cuyas revueltas alcanzaron una gran resonancia en todo el mundo, incluido nuestro país, que ya había conocido algunos brotes de protesta contra la dictadura (Madrid 1956, y especialmente 1965; Barcelona 1967). Aunque el movimiento estudiantil poseía unas características propias, en el transcurso de sus reivindicaciones latía la misma filosofía crítica y libertaria del movimiento juvenil. De hecho, universitarios eran los que integraron los movimientos más conocidos de la juventud de los años sesenta —*hippies*, *provos*, *peacenicks*.

Común a estos y otros grupos radicalizados fue la vivencia voluntaria de un estado de marginación que les separaba de la sociedad y de la cultura adulta, espíritu del que se sintieron imbuidos también muchos otros jóvenes que, aun no participando, se mostraron solidarios, atraídos o, en todo caso, tentados por las nuevas propuestas. Reacios a integrarse en la cultura oficial, por el resquebrajamiento de un orden y unos valores morales en los que no creían, los jóvenes desarrollaron una cultura propia, alternativa, que recibió el nombre de *contracultura*. Esta contracultura emergente se caracterizó formalmente por un énfasis en la música rock, las drogas psicodélicas, las comunas y la filosofía oriental y hermética. Aunque situada en este marco temporal, los sesenta, la contracultura hunde sus raíces en un movimiento antiautoritario, libertario, de larga tradición universal —el *underground*—, inspirado en filosofías irracionales, que no buscan la verdad al modo del racionalismo positivista. La contracultura no deja de ser una verdadera cultura y, en su esencia, más que destruir la cultura oficial, como la preposición *contra* —inglés *against*— pudiera sugerir por una desafortunada traducción del inglés *counter-culture*, lo que intenta es corregir sus aspectos nocivos, equilibrándola —*counter*— “contrapeso” (Racionero 1980:10).

Al considerar el proceso de comunicación y la filosofía que informa a ambas culturas, conviene tener presente que las acciones de comunicación marginales o alternativas se definen dialécticamente en relación con la cultura legítima. Lo que hoy son acciones alternativas mañana serán legitimadas por la cultura dominante y algunos de sus actores, después de haber sido considerados marginados, pasarán a integrar las filas del pensamiento oficial. No otro es el curso de la historia. Con razón dice Ionesco que “Toda cultura ha sido hecha por los enemigos de la cultura, y toda la historia es un combate contra la Historia, y ahí está su paradoja y verdad”.

La contracultura tiene por signo definitorio operar a espaldas de la cultura oficial, fuera de sus canales comerciales, esto es, en el subsuelo, lo que explica el calificativo *underground* (subterráneo), como también se la conoce, con un sentido distinto del empleado por Racionero. Con el mismo significado se utilizan los términos *cultura marginal*, *contestación* o *hippismo* (como es sabido, los *hippies* fueron los más genuinos y conocidos representantes de la contracultura, de ahí la extensión de su significado).

La cultura underground organiza un sinnúmero de actividades como exposiciones y tertulias, teatros, periódicos, revistas, salas de proyección, etcétera, con el objeto principal de discutir —y vivir— su filosofía y sentar las bases de una sociedad más vitalizada, una contrasociedad. El movimiento underground aparece por primera vez en Estados Unidos, precisamente donde con más agudeza se presentaban las contradicciones de la sociedad de consumo, y de ahí pasa a otros países, igualmente desarrollados y consumistas, del mundo anglosajón.

A España llegó con cierto retraso a principios de los años setenta, una década que apareció nuevamente marcada por acontecimientos históricos de amplia repercusión entre la juventud. Por un lado, en la primera mitad, asistimos a los últimos estertores del franquismo, situación que reverdeció el movimiento contestatario estudiantil, proveyéndole de una nueva conciencia política. A partir de 1973 la crisis económica mundial provocó paro, incertidumbre y desencanto entre la juventud, sin duda el sector más castigado. Este desencanto se reforzó con el producido poco después por la transición política, generando un absentismo juvenil y un pasotismo generalizado que prendió de manera especial en la clase social baja de los suburbios de las grandes ciudades. Pero en este movimiento encontraron refugio también jóvenes universitarios, en otro tiempo muy politizados —ácratas y grupos de extrema izquierda— y ahora desconsolados al ver extinguidos los últimos rescoldos del mayo francés con cuya filosofía conectaban. Al mismo tiempo, la amplitud e intensidad de la crisis económica sumió en el pasotismo, por falta de perspectivas profesionales, a lo que alguien ha llamado “lumpen profesional”. La combinación de todas estas circunstancias explica el especial relieve que adquirió en la sociedad marginal —y fuera de ella— la figura del pasota, como se llamó al que pasaba de todo.¹ A pesar de lo impreciso del término, los pasotas auténticos —tomados en su sentido marginal— contaron con algunos rasgos distintivos, entre ellos el odio al sistema, las drogas, el rechazo al trabajo, el desaliño y la bisexualidad. Esta última se entiende como rechazo a la sexualidad dominante —heterosexual— pero, al igual que los otros rasgos, sirvió también de señal de identidad para dar cohesión al grupo. A menudo los pasotas fueron confundidos con los progres por su indumentaria y parte de su simbología, pero les separaba su fe en el sistema, lo que no estaba reñido con su crítica.

El cuadro de subculturas juveniles no terminó aquí, con progres y pasotas. Bajo el ancho fenómeno social del pasotismo y sus alrededores

1. Hasta tal punto se ha abusado del término en la conversación diaria, por el mero hecho de “pasar” o despreocuparse de algo, que puede darse el extremo de aplicarse a un personaje de ideología conservadora, obteniéndose así claros efectos estilísticos: “Se asegura que el remiso y joven pasota de Óscar Alzaga se ha hecho el fino propósito de no faltar ni a un solo debate y de intervenir más asiduamente en los plenos”. (*Interviú*, 18-1-1984, pág. 98.)

hay que considerar múltiples grupos, clanes o bandas de carácter urbano —tribus urbanas—, modas más o menos pasajeras, a veces poco diferenciadas entre sí, que fueron emergiendo por lo general al amparo de los distintos estilos musicales. Entre ellas destacan los *rockers* o *rockeros* (en sus distintas versiones: *rockabilly* o *blandos*, *heavy metal*, etc.), *punkis* o *punks*, *macarras*. Más alejados por sus atuendos y apariencia están los *mods* o *modis* (o *modernos*), y aún más los *nuevos románticos*; o los *pijos*, un grupo que por su ideología netamente conservadora, por su acérrima defensa del orden constituido, quedan totalmente fuera de la contracultura, lo que explica que en algunos medios periodísticos se les diera el nombre de contrapasotas.

De todos ellos los más agresivos —tanto en sus símbolos como en su comportamiento antisocial han sido los *punks* (del inglés *punk* “basura, mierda”), una moda juvenil que nació en el año 1976 en los suburbios de Londres y otras capitales inglesas y se introdujo en España en 1978. La estética punk, de carácter feísta y cutre, merece especial atención pues ha tenido notable repercusión en las formas expresivas adoptadas por la juventud marginal de nuestros días, incluso por sectores no marginales (repárese, por ejemplo, en la moda del color negro en la vestimenta y en los peinados poco convencionales).

La contracultura española desarrollada a lo largo de los años setenta se conoció con el nombre de *Rollo* (o *Rrollo*, como algunos de sus partidarios preferían escribir), y fue reencarnada en los ochenta en lo que se dio en llamar “movida”; una simple cuestión de etiquetas que también se vieron afectadas por el cambio en las modas y en el lenguaje. *El Rollo* nació al calor del rock, una música que, por su carácter desinhibitorio en lo sexual y, por tanto, revolucionario, pronto hizo de catalizador y aglutinante del movimiento de rebelión juvenil. El Rollo, y la contracultura por extensión, ha abarcado toda una serie de productos y actividades culturales como fanzines, emisiones de radio en FM, exposiciones y reuniones en bares “enrollados”, etc., todo lo cual ha servido de vehículo de expresión a las más variadas tribus urbanas.

Muchos de los movimientos juveniles que han venido sucediéndose en las últimas décadas propiamente constituyen subculturas más que una contracultura, según la terminología al uso o la de los sociólogos anglosajones. Para Hall *et al.* (1976) la contracultura, asociada principalmente al movimiento hippy de los sesenta, se caracteriza por asumir formas explícitas políticas e ideológicas en su oposición a la cultura dominante (acción política, filosofías coherentes, manifiestos, etc.), por la elaboración de instituciones alternativas (prensa marginal, comunas, cooperativas, etc.), por extenderse más allá de la adolescencia y, finalmente, por el oscurecimiento de las distinciones, rigurosamente mantenidas en la subcultura, entre trabajo, hogar, familia, escuela y ocio. En la subcultura, por el contrario, la oposición es menos articulada, quedando reducida a formas simbólicas de resistencia.

Otros como Brake (1980:11) restan peso a tal diferenciación por en-

tender que, aun pudiendo desarrollar normas de oposición contra las oficiales o establecidas, una subcultura no puede sobrevivir durante mucho tiempo si su existencia transcurre en confrontación permanente con la sociedad dominante.

En el caso español, como resultado del particular contexto histórico vivido en las últimas décadas, con la dictadura, la transición y cierto desencanto democrático, de aceptarse tales categorías presentarían unos límites más borrosos. Por un lado, la contracultura de los años setenta —el Rollo— a la luz de su homóloga americana tendría un carácter híbrido; por otro, buena parte de las subculturas que se han acercado a ella han tenido un sello particularmente crítico y contracultural, a pesar de su escaso interés por las formulaciones explícitas. De todos modos, lo que aquí interesa resaltar más que las diferencias son las coincidencias que han mantenido en su acción contra la cultura oficial y el modo en que esta comunión ideológica se ha plasmado lingüísticamente.

A tenor de una misma filosofía, de un rechazo a la sociedad en que vivían, los pasotas y demás gente del “Rollo” o de la “movida” desde un principio utilizaron un lenguaje marginal muy característico conocido con distintos nombres: *lenguaje del rollo*,² *rockero*, *pasota*, *cheli*; este último por referencia a los chelis del ambiente marginal madrileño, para muchos el principal foco de difusión.

A la hora de determinar el origen no puede subestimarse, sin embargo, el papel desempeñado por el rollo sevillano. A este respecto, destaca la opinión del crítico musical Jesús Ordovás, (1977) y el periodista Antonio Burgos (1977), quienes sostienen la paternidad de Sevilla en la creación y difusión de este lenguaje. Como base de su argumento señalan el “Manifiesto del borde” firmado en 1969 por Gonzalo & Smash, que puede considerarse el primer documento escrito en que se usó el lenguaje del rollo con una voluntad claramente contracultural; en él aparecían expresiones tan características como *está en el rollo*, *se enrollan por*, *la vara chungu*, *roneo*, etc., un léxico que recogería aportes del mundo del hampa, del habla de barrio y del mundo flamenco y gitano. Poco sabemos del lenguaje del rollo barcelonés de la época pero sería un dato de gran interés puesto que el rollo había hecho irrupción en Barcelona ya en 1967 con las primeras oleadas de grifotas y freaks, tal y como se desprende de los estudios de Malvido (1977) y Romaní (1983; 1985:97), y resulta difícil de concebir una subcultura marginal sin un lenguaje pro-

2. La misma palabra *rollo* constituye un buen testimonio. Como término perteneciente al léxico de la droga designa, entre otros conceptos, el mundo de la droga y la conversación que mantiene el que la está fumando (León 1980; Oliver 1985), que a su vez se derivan de lo que a juicio de los entendidos sería el significado original: hachís o marihuana (cf. Ordovás 1977:12). Pero esta creencia queda en entredicho si consideramos que ya el antropólogo Romaní (1983:12,45) recoge una acepción anterior; según él, en los años sesenta, entre los legionarios destacados en África el “rollo” era el círculo o redondeal que éstos formaban al disponerse a fumar el kif o grifa con sus colegas y amigos, y el que se sumaba a ese círculo se “enrollaba”.

pio. De todos modos el argumento de Ordovás y Burgos parece convincente al menos en lo tocante a la difusión de este lenguaje, debido al papel que parece haber jugado el grupo rockero Smash y especialmente su promotor Gonzalo García Pelayo, que posteriormente actuó como divulgador de un modo de hacer radio y televisión ("Mundo Pop", emisiones en FM).

El uso del lenguaje del rollo o pasota no quedó relegado a un sector rockero o barriobajero, sino que pasó a formar parte de los hábitos expresivos de buena parte de la juventud. Ahí radica su importancia sociológica, que le hizo merecedor de múltiples comentarios y análisis. En el estudio que aquí presento voy a ocuparme principalmente de señalar los mecanismos lingüísticos —y dentro de éstos, los pertenecientes al nivel lexicosemántico— empleados en los sociolectos juveniles al servicio de una expresión claramente contracultural.

Aunque buena parte de las voces y expresiones que utilizo provienen del lenguaje pasota, también aportó otras extraídas del habla carcelaria (el "carcelario", "talegario" o "taleguero"), de la droga ("drogata"), de la delincuencia (o "caliente"), de los estudiantes, etc., de distintas épocas y lugares de procedencia, dados los puntos de contacto que sus hablantes muestran en su comportamiento lingüístico y social. Los datos manejados han sido tomados fundamentalmente de fuentes escritas (revistas marginales, glosarios, reportajes y glosas periodísticas, diccionarios de argot), si bien he procurado, en la medida de lo posible, contrastarlos y complementarlos con testimonios orales.

2. De la lengua estándar al antilenguaje juvenil

Las hablas de grupo de carácter juvenil, como el *cheli*, se caracterizan por la acepción de ciertas formas subestándar como medio de distinguirse de la lengua estándar hablada por la gente "normal", de la misma manera que adoptan gestos, modos y modales diferentes. Si los pasotas o cualquier grupo contracultural configuran, a pequeña escala, una contrasociedad o antisociedad, está claro que les será necesario poseer un medio de expresión acorde, un antilenguaje (Halliday 1978:164) que connote sus propios valores, el cual les sirve de mecanismo de defensa y al mismo tiempo de señal de identidad. Con ese propósito crean palabras nuevas, las deforman o dan nuevas acepciones a las ya existentes, o bien las toman directamente de sociolectos marginales o lenguas extranjeras. Las diferencias afectan principalmente a la morfología y al léxico, y en menor medida a la sintaxis y la fonética. Su diferenciación con respecto a la lengua estándar estriba más que en el significado —los referentes son los mismos— en el significante, lo que da al significado un valor claramente connotativo, las más de las veces peyorativo.

Lo primero que se ve inducida a cambiar una subcultura es el voca-

bulario, pero sólo en ciertas áreas que son centrales a su actividad. Así, la mayoría de los movimientos juveniles en mayor o menor medida disponen de un argot referente a temas como las drogas, el sexo y la música, que constituyen sus principales formas de evasión. Pero si la evasión y el ocio en general están en el centro de sus intereses, en el centro de sus preocupaciones está la represión, como fuerza contenedora, y en particular sus agentes, los policías. En esto confluyen con el mundo de la delincuencia, la prostitución y la cárcel, tan cercanos a la juventud pasota y marginal, dadas las estrechas relaciones que ligan a estos ambientes con el fenómeno de la drogadicción; téngase en cuenta, por ejemplo, que el *camello* es un pasota que hace de proveedor de la droga, de traficante al detalle, y que como tal intermediario se mueve entre mundos diferentes y los interconecta.

Pues bien, como apuntaba antes, en todos estos campos se crean palabras nuevas para viejos conceptos, o para decirlo en términos de Halliday (1978:165), se produce no sólo una "relexicalización" sino también una "sobrelexicalización", dado que determinados conceptos clave, los más queridos o los más obsesivos, generan con frecuencia numerosos sinónimos. Al cultista poco amigo de las voces jergales le sorprenderá la proliferación de términos para expresar nociones como "cárcel" (*trena, saco, talego, trullo, maco*), "policía" (*pasma, bofia, madam, maderos*), "droga" (*flora, manteca, caca, mierda*), así como otros conceptos relacionados con ésta: el cigarro de hachís o marihuana, el popular *porro*, se ha venido llamando a la vez *cacharro, trompeta, canuto, varillo, cono, tipín, flai, mai, peta, quiqui, yoi* (o *yoin*); la misma marihuana se conoce indistintamente como *yerba, rama, mata, maría*; una dosis de LSD es un *ajo*, una *lenteja* o un *trip* (cf. León 1984). El secreto por un lado, y, por otro, el deseo de mostrarse vivaz e ingenioso en una especie de juego verbal, hace que el campo onomasiológico se amplíe considerablemente, con un fluir de voces que se renuevan constantemente. Nada mejor para demostrar esta renovación que la palabra *carroza* "persona anticuada", que sucesivamente ha sido reemplazada por los que están en la onda por un variado número de términos: *triciclo, porcelana, retablo, mármol, diligencia, amortizado, pureta, metálico*, y, finalmente, *canica y pelota de golf*, porque ya van directamente al hoyo (cf. Quetglas 1984:170).

A pesar del carácter extremadamente efímero que acompaña a la mayoría de estas expresiones, lo normal es que varias de ellas permanezcan por un tiempo en el uso de las diversas subculturas. La elección de una variante entre varias en un momento dado, la estándar *droga* o las jergales *flora, madre, mierda, vicio*, pongamos por caso, puede reflejar el estado de ánimo del hablante, su visión del mundo, etc. Pero al mismo tiempo puede indicar la pertenencia a un grupo sociocultural distinto, ya que no pocas veces los movimientos juveniles, por un afán de identificarse y de diferenciarse unos de otros, favorecen el uso de una determinada variante. Así por ejemplo, mientras los rockers del rollo madrileño han preferido la voz *pasma* para designar a la policía, los

punks han empleado *maderos* y los macarras *mono*;³ del mismo modo, para los rockers la cerveza es *biera* y el Metro la *topera*, mientras que para los punks son *birra* y *tubo*, respectivamente; navaja es *cheira* entre los rockers y *borde* o *pincho* entre los macarras. Hasta el dinero puede ser objeto de variación sociolingüística: una *libra*, que en el argot marginal significa billete de 100 pts., ha sido la voz utilizada también por los mods, mientras que los macarras han empleado *civis* o *guita*, término que en la lengua marginal tiene la significación genérica de dinero (cf. Romero 1982), y los "pijos" *gamba* o *chapa* (Canales 1989). Ahora bien, esta particular adscripción de una variante a una determinada subcultura no puede considerarse de una forma "categórica", si se tienen en cuenta no sólo los factores psicolingüísticos sino también los diversos interlocutores y contextos situacionales de los actos de habla.

Conviene advertir que parte de la sinonimia que pueda descubrirse en un diccionario de argot no lo es tal, pues a veces términos supuestamente sinónimos en realidad se refieren a variedades de un concepto con el que mantienen, pues, una relación de inclusión, hiponímica. El LSD, por ejemplo, recibe los nombres de *estrellita*, *gota*, *micropunto*, *pink floyd*, *secante*, *vulcano* (o *volcán*), pero sólo el consumidor o el especialista en drogas sabrá ver en ellos distintos tipos de alucinógenos, dependiendo de su forma, color, estado (sólido o líquido), etc. De la misma manera para referirse a droga en general, al lado de los términos que antes mencioné (*flora*, *caca*, etc.), se registran otras formas como *marrocata*, *mandanga*, *goma*, *harina* (cf. Villarín 1979), que en realidad son términos especializados que designan el tipo de droga (*mandanga* = marihuana; *mierda* = hachís) o algunas de sus características como la procedencia (*marrocata*), la calidad (*goma* es hachís de buena clase y *harina* es hachís de mala calidad).

No obstante, puede suponerse que con el tiempo la dificultad y confusión que este enjambre de términos ha de producir en el drogata poco familiarizado con el "rollo" y, aún más, entre quienes no pertenecen a él, coadyuvará a extender su significado originario, ofreciendo así nuevas posibilidades correferenciales al discurso. Este estado de cosas se pone de manifiesto cuando se cotejan distintas ediciones o publicaciones de diccionarios de argot. Así, mientras en León (1984) *mandanga* es marihuana simplemente y *mierda* hachís, en Oliver (1985) significan lo mismo pero con el añadido de droga en general.

3. El mismo fenómeno ocurre en inglés donde, por ejemplo, *filth* "porquería" es el nombre utilizado por los punks para referirse a la policía, al tiempo que los rockabillys han venido empleando *bluebottle* "moscarda" que, aparte de su referencia irónica, nos recuerda el color azul de su uniforme (cf. "Speaking the Queen's Nonglish", *Time*, 24-10-1983, 53).

2.1. RECURSOS EXPRESIVOS

Examinadas las relaciones semánticas que unen a algunas de las distintas unidades léxicas que integran los sociolectos juveniles, volveré ahora sobre los procesos implicados en su creación, centrándome especialmente en los medios de que se sirve su antilenguaje para dotarse de expresividad y que básicamente pueden concretarse en tres: transferencia o cambio semántico, cambio de código y cambio de registro (o estilo). A efectos prácticos, me referiré a ellos mnemotécnicamente con el sobrenombre de las “tres c”.

1) *Cambio semántico*. Un recurso lexicogenésico muy propio de todo argot, y de todo antilenguaje, es la transferencia semántica, especialmente de tipo metafórico. No en vano, como observa Halliday (1978:175), la antisociedad es en su estructura una metáfora de la sociedad, de la misma manera que el antilenguaje es una metáfora de la lengua, si bien el término “metáfora” que este autor emplea está tomado en un sentido más amplio que el usual, dentro de una perspectiva funcional, de manera que las representaciones metafóricas no son sólo de naturaleza semántica sino también fonológica, morfológica e incluso sintáctica.

Si nos fijamos en el vocabulario que he venido comentando, y en particular el léxico de la droga, observaremos que casi todas las palabras han sido objeto de una transposición semántica, de una metáfora. Por su naturaleza estos términos reflejan la tensión que opone a la antisociedad con la sociedad establecida. Se trata de conceptos tabuizados por el establishment y que sin embargo los distintos grupos marginales “re-nombran” con palabras inofensivas de la comunicación ordinaria extrayéndolas de sus contextos habituales, una observación que no escapó a Marcuse (1972:41) a propósito de las palabras típicas de la contracultura hippy de los años sesenta, tales como *acid* “ácido” (= LSD), *trip* “viaje” (= dosis y efectos del LSD), *grass* “hierba” y *pot* “tiesto” (= marihuana).⁴

Desde una perspectiva semiótica esta *re*-contextualización de ítems léxicos no es muy diferente en su significado de la apropiación simbólica de objetos corrientes (flores, imperdibles, etc.) por parte de hippies y punks, respectivamente. Dicha transferencia de significado supone una ruptura con el universo lingüístico de la sociedad constituida, como efecto de una nueva sensibilidad que impele a construir un nuevo lenguaje para definir y comunicar sus nuevos valores. Las palabras —o los objetos— que se eligen son ordinarias de acuerdo con el plan general de una desublimación de la cultura, que para los jóvenes más radicalizados es un aspecto vital de la liberación.

4. Según algunos autores, como Murray (1996), *pot* procede del español mexicano *potaguaya* “marihuana” (en sentido estricto, en realidad designa una parte de la marihuana), pero aun así la coincidencia, u homonimia, con *pot* “tiesto” no puede ser más feliz.

La desublimación del lenguaje no se para en las palabras ordinarias sino que desciende hasta lo escatológico, como en el caso de *caca* "droga" y *mierda* "hachís". El caso extremo de ruptura con el lenguaje establecido se obtiene por inversión del significado natural de las palabras, fenómeno que se conoce con el nombre de "antifrasis". Piénsese por ejemplo en lo provocativo de llamar *posada* o *jardín* a la cárcel en la lengua marginal (Oliver 1985), o el *Palace*, famoso hotel de Madrid, símbolo de opulencia y bienestar, y que los macarras madrileños utilizan para referirse a la no menos famosa cárcel de Carabanchel (cf. Romero 1982:31). La misma voz *hotel* (y su variante *hotel del Estado*) tiene el significado de cárcel en el argot general, y *el hotel Entenza* es el nombre con que se designa a la Cárcel Modelo de Barcelona. Entre los soldados que cumplen el servicio militar el *hotel* es el calabozo (cf. León 1984).⁵

En ocasiones los dos conceptos antitéticos en que descansa la ironía están expresamente representados en la denominación antifrástica; tal es el caso de *hotel rejas*, otro nombre para la cárcel y con el que los jóvenes delincuentes de los barrios periféricos de Madrid se refieren al reformatorio (cf. González 1985:9).

También resulta irónico y muy significativo el sentido que se da a la voz *legal* en la lengua marginal ("leal, digno de confianza", cf. Oliver 1985), que contempla una lealtad dentro de la marginalidad, fiel a los códigos establecidos por ésta, al margen, pues, de la legalidad vigente en el mundo normal. En este contexto de inversión de los valores convencionales burgueses tiene sentido decir de alguien que se lleva la pasta por *lo legal*, de un Banco, o una farmacia, jugándose la vida y no engañando a otros (Umbral 1983:125), o leer en la prensa marginal un texto como el siguiente:

Humo (Revista del "rollo" del campus)... Esta publicación de impresión y maquetación como muy *legal*, a pesar de que aún no tiene su depósito hecho... (*Star*, 53, 1979, pág. 36).

Posada, *Palace*, *hotel*, *legal* son ejemplos, pues, que revelan un cambio de valores en la sociedad marginal a través de la distorsión del lenguaje por dignificación, vía eufemismo, de conceptos que la sociedad convencional juzga como negativos.

También podría concebirse el mismo fenómeno pero en sentido opuesto, es decir, la expresión de nociones o conceptos positivos mediante significantes con connotaciones negativas. De ello da muy buena el argot estudiantil norteamericano con algunas expresiones tomadas

5. Las metáforas antifrásticas son un fenómeno muy conocido también en otras comunidades lingüísticas. Así, en el lenguaje de la delincuencia de Puerto Rico, entre los nombres que Altieri (1973) recoge para designar la Penitenciaría Estatal figuran: *el bar*, *la universidad*, *Sheraton* (nombre de una conocida cadena de hoteles de lujo), *hotel Palace* (*hotel El Condenado*, *Las Flores*, etc.).

del habla de los negros, el llamado *Black English*, como *bad* (lit. "malo"), *mean* ("malo, indigno") y *wicked* "malvado" con las que irónicamente se designa lo "bueno" y "excelente" (cf. Eble 1989:39; 1996:66). Conocido igualmente es el eslogan militante de los negros *black is beautiful* "o negro es bello", una redefinición subversiva del valor simbólico de este color que también tiene lugar en el discurso, como en la frase *the soul is black* "el alma es negra" (cf. Marcuse 1972:42-3). Y, cabe preguntar: ¿puede haber algo más atentatorio contra la dignidad del blanco que la negación de la blancura de su alma?

La coincidencia de la subcultura juvenil y lo negro en este aspecto no es casual, al negro se le caracteriza en la sociedad anglosajona, tanto en Norteamérica como en Gran Bretaña, como la quintaesencia de lo *underground*, representando valores (búsqueda de aventuras y excitación) que coexisten y entran en conflicto con los más sobrios mantenidos por el grueso de la población (rutina, seguridad, etc.). De este modo ambas posiciones, la del joven blanco y la del negro, se alinean en la mitología dominante. Para Young (1971), por ejemplo, los jóvenes y los negros son considerados con la misma ambivalencia: despreocupados y perezosos, hedonistas y peligrosos (cit. por Hebdige 1984:44).⁶

Volviendo al léxico de la droga, y en relación con este mismo punto de la desublimación de la cultura, quiero subrayar también el carácter rupturista y subversivo de la filosofía que impregna el sentido de algunas de las metáforas que se suceden en este habla. Parte de ellas enseguida llaman la atención por acudir a referentes propios del reino vegetal (*rama, mata, flora, algodón, seta, perejil, lirio* son nombres de distintos tipos de droga) y animal (*camello* "traficante de droga", *caballo y burro* "heroína", *mono y pavo* "síndrome de abstinencia"), evocadores todos ellos de un mundo ecológico, un retorno a la naturaleza, de un primitivismo en definitiva, que entronca con la subcultura beat, hipster y hippy de los años cincuenta y sesenta.⁷

Algunas de las metáforas, como *madre* y *maná*, revelan una especie de sacralización y humanización de lo prohibido; para Umbral (1983:38) la marihuana o *maría* tiene algo de dulce, hospitalario, inocuamente ensoñador, sedante, y más o menos estas mismas connotaciones femeninas podrían aplicarse a *madre* "droga" (Villarín 1979); marihuana se escribe también *marijuana*, y este juego con el significante es asimismo llamativo en inglés donde, además de *Mary* y *Maryjane*, se registran *Mary Warner*, *Maryanne*, *Juanita* (cf. Green 1986:143).

La droga a menudo va asociada con otras actividades o inquietudes del mundo marginal y juvenil, como la música y el sexo. Las tres forman

6. Otro punto de contacto sería el lenguaje no verbal. Manuel Vicent (cf. *El País*, 8-5-1986, 31) ha hablado de una cierta influencia de la "cultura de lo negro" en la juventud, por entender que en ésta se observan determinados patrones de comportamiento cínesico (gestos, posturas y movimientos del cuerpo) que son característicos de los negros.

7. Sobre el origen de *pavo* y *mono*, véase Rodríguez (1999:163, 164, 168).

una trilogía bien asentada y de ello da buena muestra el lenguaje en el que cabe observar una serie de metáforas comunes o interrelacionadas. La música y la droga se aúnan en *casete* y *estéreo*, dos instrumentos musicales que aluden a una acústica de diferente grado de complejidad, dado que se emplean también para designar distintas cantidades de hachís (uno y dos kilos respectivamente). *Pink floyd*, nombre de un conjunto musical muy del gusto de la juventud, es una variedad de LSD (Oliver 1985), con connotaciones, pues, muy agradables; pero también designa el pinchazo, esto es, la inyección de heroína u otra droga, tal vez debido al significado que *pink* tiene en inglés (“picar, calar apuñalar”), asociación en la que sin duda se ha visto ayudada por la morfología del término español *pinchazo*, con el que comparte un mismo segmento inicial.⁸

Las referencias al sexo/amor y la droga son aún más extensas y llaman enseguida la atención: *picadero* es el sitio donde se “pica” el drogadicto pero también el “piso de soltero”; un *kiki* es un “acto sexual”, pero sirve también para designar el “porro”; *vacilar* significa “ligar”, y también “hablar mucho y de modo continuado por el efecto de la droga”; *poner* significa “excitar sexualmente” y “drogarse”; *hacer ñaca ñaca, fumarse* a alguien, *poner una inyección* significan “fornicar” además de “drogarse”; y *fumeteo* al mismo tiempo alude a la “prostitución” y la “adicción a las drogas”. Idéntica significación doble se detecta en la construcción *hacérselo, meter, darse caña*. La voz *chingadera*, empleada como sinónimo ocasional de jeringuilla, se ha formado a partir del verbo *chingar* “fornicar” y evoca la sensación placentera que está en la base de la asociación. *Cilindrín* es un “cigarro”, pero por su forma cilíndrica, también designa el “pene”. *Cuelgue* es el “estado de alelamiento” producido por la droga, pero también significa “enamoramiento”; igualmente, *estar pillado* significa “estar drogado”, expresión que se ha extendido al habla coloquial con el significado de “estar enamorado”; entre los jóvenes *pillar cacho* significa “ligar con éxito”, pero también tiene su correlato en el habla de los drogatas que lo emplean para referirse al acto de “pillar” (= conseguir) droga. *Goma* y *gomita* son “hachís de primera calidad” y también un “preservativo”. Tan variado y extenso número de correspondencias no es casual, el que haya un fluido trasvase de términos de un campo semántico a otro nos hace pensar en los fuertes vínculos entre dos mundos relacionados con la marginación, como son la droga y la prostitución. No en vano, son muchas las yonquis que acaban trabajando en el viejo oficio como el medio más seguro para procurarse su anhelada dosis diaria de heroína o cocaína.⁹

Igualmente significativa es la relación entre violencia y droga, espe-

8. También en inglés, se emplea *high-fi* (< *high fidelity*) para referirse a la morfina y cocaína, y *jazz* para la heroína (Nash 1992).

9. Según un reciente estudio realizado en la provincia de Alicante, el 70 % de las mujeres que trabajan en la prostitución en la calle son consumidoras de drogas, y este nexo se da más entre las prostitutas más jóvenes. (Cit. en *Las Provincias. Alicante*, 24-2-2001, 7.)

cialmente para el yonqui que se ve condicionado a diario a la delincuencia para procurarse su dosis de droga. *Consuma(d)o* es el "producto o botín de un robo" y también el "hachís o droga que uno lleva encima"; *butrón* es el "agujero que hace un delincuente en la pared de una casa o un banco, para entrar a robar (o en la cárcel, para escapar)", y, por extensión, la "cicatriz resultante de los accesos provocados por los pinchazos de la jeringuilla al inyectarse el yonqui"; y *picar* "pincharse" ya existía en el argot de la violencia con el significado de "hurtar".

La penuria de dinero que acompaña al drogadicto y al pasota, tan importante y necesario para hacerse con la droga, su ansiado alimento, ha quedado asimismo reflejada en términos como *costo* "hachís"¹⁰ y *mantecca*, un sinónimo más de droga que en el argot general significa dinero.

A menudo la base de la analogía es simplemente el color; así, el color verde oscuro del hachís ha atraído metafóricamente la imagen de *chocolate* y *mierda*, términos con los que se le designa, y al blanco de la cocaína y la heroína se deben los sinónimos *nieve* y *blanca* (éste, técnicamente una sinécdoque).¹¹

Las metáforas que acabo de describir corresponden a nombres de drogas, pero también están las que afectan a verbos y adjetivos. Así por ejemplo, terminar un porro es *matarlo* (León 1985), airear el lugar donde se ha estado fumando droga antes de que llegue la policía es *abanicar* (Umbral 1983); *estar enrollado* significa estar drogado con drogas blandas (Oliver), y estar envuelto en un rollo, y *colgado* se dice del que está bajo los efectos de la droga, como flotante (Umbral).

En ocasiones, toda una serie de metáforas gira conceptualmente en torno a una noción-eje, tal es la riqueza metafórica de este lenguaje. Un concepto verdaderamente prolífico es el de "viaje", esto es, el viaje psicodélico a través del cual se obtiene una nueva visión del mundo y que tanto fascina y caracteriza al underground.¹² El que toma droga *está en un*

10. El término se ha tomado probablemente a partir de su significado de planta herbácea tropical (del latín *costum*, griego *kostos*), pero también puede haberse reforzado con el sentido de *coste* "importe, valor", especialmente cuando se considera su abundante uso en contextos de venta de esta droga.

11. De la misma manera en el "caliente", el color verde del uniforme de los guardias civiles ha hecho que a éstos se les llame indistintamente *aceitunos*, *caimanos*, *sapos* y *lagartos*, y el blanco del coche radio patrulla "Z" del "091" de la policía igualmente ha atraído metafóricamente algunos sinónimos: *blancanieves*, *yogurtera*, *danone*, *lechera* (cf. García Ramos 1985:42).

12. El primer uso de *viaje* en este sentido metafórico puede decirse que tuvo lugar en inglés (*trip*), concretamente en California (Estados Unidos), y aparece documentado en una obra sobre drogadictos, *The Connection* (1957) de Jack Gelber, representada en Nueva York en 1959. La obra, ambientada en San Francisco, contenía líneas como: "*Steady, boys, we have a long trip. Our other actors are off in the real world procuring heroin*", y "*All right, junkies. During our trip we will incorporate an allied art —the motion picture*" (Gelber 1962:231-32). Dicho uso parece haber sido inspirado por el sentido de "fantasía, ensueño, fábula, real o imaginaria" que la palabra tenía en el lenguaje carcelario, definición que aparece registrada en una recopilación de argot criminal en 1962 (Barkdull 1962). Poste-

viaje, está colocado y sufre alucinaciones, *alucina*, pero lo que importa cuando está bajo sus efectos es *subir*, es decir, “ir en aumento el efecto de la droga” (León), y sobre todo *espitar* (Oliver), llegar a la cima, al punto de máxima velocidad, *espit* o *espíd* —del inglés *speed* “velocidad”—¹³ o sea de máxima marcha o euforia; cuando se ha llegado, uno *está alto*, se siente *elevado*, en el momento de máximo goce. Después de la *subida*, el efecto producido tras el consumo de droga, viene la *bajada* o *bajón* (Oliver), la fase final en la que disminuyen los efectos, y entonces uno *está bajo*. Importante al subir es no *pasarse*; el tan usual *te has pasado* se empezó aplicando a los que se pasaban en un viaje de ácido, perdiendo el control de la situación (Racionero 1980:136); también se usa en forma participial, *estar pasado*, “estar bajo los efectos de una dosis excesiva de droga” (León). En determinadas circunstancias el viaje puede conducir al *muermo*, un malestar físico o mental, supongo que por analogía con el muermo, una enfermedad caballuna.¹⁴ Si uno no se recupera de los efectos de la droga *se queda colgado*, sin bajar del viaje, aunque, como ya se ha dicho, esta expresión se aplica también al que está simplemente bajo los efectos de la droga (León, Oliver). *Pasarse*, sufrir el *muermo* o *quedarse colgado* supone un *mal rollo* y resulta *demasiado*.

Todo este cúmulo de metáforas y transposiciones, aparte de otros métodos que luego describo, de por sí constituyen un considerable aporte al léxico de la droga. Pero su efecto va más allá, pues la fuerza expansiva de este lenguaje es tal que muchas de sus voces extienden sus significados en múltiples direcciones y pasan al lenguaje coloquial, rebasando así el propio ámbito en que se originaron. *Muermo* por ejemplo, que, como decía, lo toma el drogote de una enfermedad caballar para expresar uno de sus malestares, lo devuelve a la conversación ordinaria con el sentido de “depresión, aburrimiento, tedio”, y de ahí el sentido se extiende para significar tanto “individuo tedioso, aburrido, soso”, como “situación, cosa o asunto enojoso, pesado o aburrido” (León). Igualmente *pasarse* (en un viaje) se transformó en “excederse en lo que uno hace o dice”, y lo mismo ocurre con los sustantivos *pasada* “acción inmoderada, exceso o exageración” (León) y *pasote* “exceso, exageración” (Oliver).

riormente la voz *trip* se emplearía en su nuevo sentido en los ambientes beatniks y hippies (cf. Tamony 1981).

Podría argumentarse, empero, que, con mucha anterioridad, las brujas del medioevo emprendían *vuelos* tras administrarse ungüentos que la posteridad ha juzgado que tenían propiedades narcóticas (cf. Escotado 1998:334), pero los contornos que este concepto podría haber tenido, quedaron difuminados por la manipulación que supuso la mera invención del concepto de brujería.

13. También se emplea *speed* en el sentido de anfetamina.

14. Recuérdese que *caballo* y *jaco* (caballo pequeño) son precisamente designaciones frecuentes de la heroína, que guardan relación con los fuertes efectos que la droga produce, al igual que ocurre con otros términos con referencia animal, como *dragón*, *gorila*, etc.

2) *Cambio de código*. Atrás queda demostrado cómo la juventud marginal, en su deseo de modificar el lenguaje de la sociedad establecida, crea un antilenguaje provisto de especial expresividad a base de viejas palabras a las que cambia de sentido, a veces radicalmente. Algunos de los neologismos considerados, en especial los que forman parte del léxico especializado de la droga, necesitaban de todos modos un referente nuevo, hasta entonces inexistente. Pero, con frecuencia el joven necesita en su discurso referirse a conceptos muy comunes pertenecientes a campos semánticos muy concretos. En dicho caso la subcultura juvenil, además de a sus propias metáforas y extensiones de significado, acude a palabras y expresiones ya existentes, procedentes de sociolectos con un código distinto al suyo, lo que le proporcionan un cierto aire exótico.

a) En primer lugar, términos provenientes de *sociolectos marginales*, es decir, de hablas de grupos sociales tenidos como marginados, tales como gitanos, mercheros (o quinquis), delincuentes, prostitutas, chaperos (homosexuales prostituidos) y vagabundos, en suma de cuantos llevan la marca del estigma social. Por la misma razón entre los ingredientes del lenguaje del rollo hay que contar con el habla popular de barrios castizos de los grandes centros urbanos, en especial Madrid, Barcelona y Sevilla. En Sevilla, además, habría que considerar la influencia del lenguaje flamenco y el caló, unidos inextricablemente al casticismo andaluz y cuyos lazos de unión se explican por la mayor integración que el pueblo gitano ha tenido siempre en la región andaluza, que hizo que ya en los siglos XVIII y XIX el caló salpicara incluso el habla coloquial de las clases altas.

De todos los sociolectos marginales, probablemente el que mayor aportación ha supuesto al lenguaje pasota de los años setenta ochenta y a la lengua juvenil de hoy ha sido el lenguaje del hampa o la delincuencia, cuya influencia en el léxico común ha sido una constante en todas las épocas. La influencia es tanto mayor en una sociedad con un alto índice de delincuencia como la actual, y con unos medios de comunicación que sacan a la superficie las formas de vida y el léxico de la comunidad delincuente, consiguiendo una amplia y rápida difusión. Únase a ello la irrupción en las últimas décadas de fenómenos sociales nuevos, como son las drogas y la extensión de la prostitución masculina, que han dado lugar a exorbitantes e ingeniosas creaciones léxicas. No parece, por tanto, que esté muy desacertado Umbral cuando afirma que la droga, la homosexualidad y la cárcel son las tres principales fuentes de renovación del léxico actual, particularmente entre los jóvenes.¹⁵

Para la juventud marginal, delincuente ella misma no pocas veces, nada resulta más natural que tomar en préstamo voces provenientes de

15. "Umbral y Vicent estructuran en 'tribus urbanas' la creación de nuevos lenguajes", *El País*, 8-5-1986, 31.

la jerga de los delincuentes de hoy y tiempos pasados. Los orígenes de muchos de sus términos datan de muy antiguo, incluso más de lo que algunos críticos pudieran pensar. Basta echar una ojeada al diccionario de Besses (1905) para descubrir un buen número de voces jergales del siglo pasado que han llegado, unas veces intactas y otras con ligeras o grandes modificaciones de sentido, al lenguaje de los delincuentes y de los pasotas y como tales se recogen en los diccionarios de argot (Martín, Villarín, León, Oliver). Entre ellas citaré *abanico*, el nombre que se daba a la cárcel de Madrid, *afanar* "robar", *alares* "pantalones", *bofia* y *pasma* "policía", *achantarse* "callarse", *bul* "culo", *calcos* "zapatos", *de buten* "de primera", *ful* "falso", *julai* "amo, dueño" (hoy "tonto, incauto", etc.), *najar* "correr", *tía* "señora" (hoy, "chica"), *pringao* "víctima de un delito". Incluso voces tan características del cheli como *privar* "beber", *molar* "producir" (hoy "gustar") y *vasca* "aglomeración de gente" (hoy escrita *basca* y con el significado de "pandilla"), cuya etimología deja perplejo a Umbral (1983:41), son recogidas ya por Besses. Es más, algunas de estas voces formaban parte de la antigua germanía de los siglos XVI y XVII, como se desprende del estudio realizado por Alonso Hernández (1976) donde aparecen citadas *afanar* "ganar dinero" (de ahí pasaría al significado actual de "hurtar", que es el recogido por Besses), *calco* "zapato", *de mogollón* ("gratis a cuenta de alguien", sentido que luego cambiaría por el de "confusión"), *parné* "dinero" y *trena*, con el significado de soga (hoy "cárcel"), entre otras.

La mayoría de estas expresiones argóticas han estado prácticamente en desuso en las pasadas décadas, siendo empleadas con frecuencia únicamente por pequeños grupos marginados, de lo que no faltan testimonios. De ello nos deja constancia, por ejemplo, Alfonso Sastre en *La taberna fantástica*, obra escrita en 1966 y ambientada en un barrio suburbial de Madrid y en la que recoge mucho argot procedente del habla de barrio, de los gitanos, quinquis y presos, según sus propias declaraciones.¹⁶ Interesante es también el testimonio que nos ofrece Serrano Gómez (1970): una carta escrita por un recluso no más tarde de 1968 y en la que se recogen expresiones tales como *molas cantidad*, *dabuten*, *calcos*, *chapas*, *pasma*, *bofia*, *vasca*, *la mui* y *ja*,¹⁷ entre otras muchas. No menos interesante es su constatación de que los jóvenes delincuentes desconocen dicha jerga, lo que, de ser cierto, evidenciaría los profundos cambios lingüísticos producidos tan sólo en el espacio de unos años. (Sobre este punto, véase también Casado, en este mismo volumen).

b) El exotismo como mecanismo de expresividad puede llegarle al argot desde fuera de su comunidad idiomática por vía de los *extranjeros* (Patton 1984:274). En el presente siglo, y de una manera acusada

16. E. Helguera de la Villa, "Galería de Náufragos: Alfonso Sastre", *La Luna de Madrid*, 9-10 (1984), 63.

17. Para un estudio monográfico de este término, véase Casas Gómez (1986:230-31).

en los últimos decenios, los préstamos de origen foráneo tienen un color predominantemente anglicista debido a la irresistible influencia tecnológica, cultural y política del mundo anglosajón, con los Estados Unidos a la cabeza. A primera vista, nada más incongruente con el estilo de la contracultura que la importación en español de voces inglesas, dadas las resonancias político-derechistas que esta acción comportó, especialmente en tiempos de la dictadura franquista, durante años apoyada o tolerada por la administración norteamericana. Así se explica por ejemplo que en los años sesenta y principios de los setenta, en los tiempos de la canción protesta, los cantautores españoles, conectando con el sentir de la juventud universitaria más radicalizada, prefirieran la letra en su idioma, a pesar de que la moda de lo inglés había invadido también el terreno musical.

Pero esto es un caso aislado y transitorio. A la larga, sin embargo, el inglés tendrá un trato de favor en las distintas subculturas pues al lado de esas connivencias en la política oficial hay que considerar la influencia del underground americano en la cultura juvenil, que se manifiesta a través de la droga, el rock y los cómics.¹⁸ El léxico de la droga, como hemos podido ver, hace abundante uso de anglicismos. El carácter extranjero se hace patente en *espit*, *trip*, *torki* y *monki* "síndrome de abstinencia", etc.; o bien se oculta por adaptación morfológica al sistema fonológico y ortográfico del español (*torqui*, *monqui*, alógrafos de los anteriores; *tripi*; *yoe*, *yoin*, del inglés *joint* "porro"), lo cual suele ocurrir preferentemente con los derivados, como es el caso de *speed* o *espit* (→ *espitar*, *espitoso* "marchoso") y *trip* (→ *tripante*, *triposo*). Aún menos observable se hace en los calcos, o sea, en las voces traducidas al castellano: *viaje* (< *trip*), *estar alto* (< *to be high*), *estar enganchado a* (< *to be hooked on*) la heroína, etc.

El rock es un vehículo aún más importante de penetración del inglés en el lenguaje juvenil si se tiene en cuenta que a través de esta música ha llegado hasta los estratos más bajos de la sociedad (macarras, punkis), que son precisamente sus mayores consumidores. En esto, sin duda, se vio apoyado por la necesidad que los grupos de "punk rock" han tenido de servirse de letra inglesa para alcanzar los efectos rítmicos deseados, dada la dificultad de componer en nuestro idioma. Muy pocos son los que como Ramoncín o el grupo Leño consiguieron un rock castizo que sonara bien.

En relación con el rock, y el pop en general, hay que señalar, por otro lado, la cobertura que a diario se da a estos y otros estilos en las revistas

18. La influencia creciente del inglés no conoce fronteras, hasta el punto de ser también el idioma predominante en los préstamos utilizados por los jóvenes en la Unión Soviética, en tiempos de la guerra fría, lo que para algunos habría tenido una significación netamente contracultural. En el caso del ruso los anglicismos penetraban a través de los que se dedican al mercado negro (Patton 1980:274), esto es, el grupo marginal que los ponía en contacto con los productos de consumo occidentales, por lo general fuera del alcance del mercado comunista, y que en este contexto adquirirían una significación simbólica.

musicales especializadas que han ido apareciendo en el mercado desde los años setenta (*Vibraciones, Popular 1, Rock Especial, Rock De Luz, Ruta 66*, etcétera) y en cuyos textos se da entrada a un aluvión de anglicismos.

Por último destacaré el papel desempeñado por los cómics y las revistas marginales, surgidos en nuestro país en los albores de los años setenta por inspiración directa de modelos norteamericanos. Una rápida ojeada a revistas como la otrora emblemática *Star* enseguida nos hace ver la propagación de las voces inglesas, lo cual en parte se debe a la extensión que en ellas ocuparon los temas musicales y la droga, tan estrechamente ligados a lo inglés, como acabamos de ver, y que en muchos casos fueron redactados por jóvenes que viajaban al otro continente en busca de nuevas experiencias alternativas.

La ola anglicista no se detiene en estos temas, que de por sí requieren un léxico especializado para el que nuestra lengua no siempre cuenta con términos equivalentes, sino que a veces invade la comunicación cotidiana. Una buena muestra de la anglomanía juvenil la encontramos en la sección de contactos y anuncios ("Comunicación") escritos por los propios lectores de *Star*, adolescentes en algunos casos, quienes, por esnobismo y un afán de diversión y de llamar la atención, escribían frases como éstas:

Escríbeme y manda una foto, *plis* (n.º 26)

Soy un *boy* de 18 *years*... necesito que una dulce voz de *girl* apague mi soledad. *My name is* José (n.º 29)

Libertario venido a menos desea entablar *comuniqueichon* con libertarias... Mi *adress*:... (n.º 29)

Contestará a todos, te lo juro *guels*. (n.º 33)

Llamar de 1 a 2 1/2 *P. M.*... todos los *week end* (n.º 37)

Tengo 16 años y me va el rollo de *las drugs and the rock* cantidad, *escribeme*... (n.º 56)

Las revistas marginales y cómics se distinguen por un inglés descuidado en el que son abundantes los errores ortográficos, como se ha podido observar, y esto ocurre bien por desconocimiento del idioma, bien por una pose de despreocupación y sentido lúdico que no son raros de ver en los textos underground y libertarios. La intención jocosa y/o crítica queda de manifiesto particularmente en los casos de escritura fonética (*plis, comuniqueichon, guels*), un rasgo muy peculiar en los cómics.

3) *Cambio de registro: del eufemismo al disfemismo.* Lo que unía a todas las hablas marginales era, como ha quedado dicho, el estigma social que su uso comporta, frente al prestigio de la lengua estándar. Lejos de seguir el modelo de ésta en su actuación lingüística, el joven de la contracultura selecciona sistemáticamente las formas que se apartan de la norma, especialmente las más estigmatizadas. Por eso en el lenguaje ordinario, cuando no se sirve de voces asociadas a un sociolecto marginal, busca dentro de su propio repertorio léxico vulgarismos y, en gene-

ral, todas aquellas palabras o expresiones informales y de connotación baja, portadoras en sí mismas de expresividad. En lugar de *pesetas*, por ejemplo —aunque ya por poco tiempo—, empleará *púas*, *castañas*, *pelas*, y para decir que uno tiene mucho atrevimiento o mucha cara, *jeta*, puede usar la expresión *tener morro*, de bajos efectos connotativos. En esta selección no sólo huye del eufemismo sino que busca intencionadamente, cuando ha lugar, el disfemismo, y cualquier palabra que contribuya a dar un tono peyorativo y humorístico al discurso, como reacción frente a la solemnidad, rigidez, y a veces pedantería, de que adolece con frecuencia el lenguaje oficial, en especial el de la prensa diaria.

El camino que conduce del eufemismo al disfemismo se inscribe en un contexto social y político muy particular, que le ha sido favorable. Aunque el proceso venía larvándose en los años sesenta, alcanzó su mayor virulencia en la década de los setenta coincidiendo con el final del franquismo. Por esos años, una actitud fuertemente crítica, iconoclasta, desmitificadora, se apoderó de la cultura española. A su lado una oleada de vulgaridad creciente invadió nuestra vida diaria pues la reacción contra los cánones políticos vigentes llevó pronto a la juventud, trabajadora o universitaria, a identificar autoritarismo con mayor refinamiento, sistema dictatorial y buenas formas, como recordó el *ABC* en uno de sus editoriales.¹⁹ Se abandonó la corbata, se entronizó el vaquero, se arrinconaron los buenos modales y, con todo ello, se devaluaron los usos lingüísticos.

Como ocurre en general con todos los fenómenos lingüísticos producidos por transformaciones sociales y políticas más o menos repentinas, los cambios más llamativos tuvieron lugar en el área de los tratamientos. En esta época, en efecto, asistimos a una simplificación y devaluación de las salutations, títulos y tratamientos más usuales: se extiende el *hola* y el *vale* y el *tú* gana terreno por antiautoritario, y lo mismo ocurre con otras fórmulas de tratamiento directo, como *amiga*, *mujer*, *compañera*²⁰ y *parienta*, que se prefirieron a las de *novia* y *esposa* (cf. Rodríguez y Rochet 1999); en las universidades y otros centros de estudio el estudiante abandona el *don* que precede al nombre de los profesores

19. "Vulgaridad creciente", *ABC*, 19-8-1985, 11.

20. El uso de la voz *compañero-a*, tuvo su primer momento de esplendor en los años sesenta entre los jóvenes progresistas o revolucionarios que rechazaban la institución del matrimonio. Hoy, empero, el término parece haber caído en desuso. Ilustrativo de estos cambios son los siguientes comentarios y declaraciones recogidos en *El País* dentro de un reportaje realizado sobre los líderes progresistas de aquel entonces:

"Ya no somos novios: somos compañeros", era la nueva declaración de amor de las parejas que surgían".

"Pastor —refiriéndose a Jaime Pastor, dirigente de la LCR y profesor de Sociología, antiguo delegado de Políticas— es uno de los pocos progres que siguen llamando *compañera* a su mujer, con la que se casó..."

(Inmaculada de la Fuente, "Los líderes universitarios", *El País Semanal*, 16-6-1985, 15-26.)

—en su lugar se emplea el apellido o simplemente el nombre— y el *señor* que acompaña al nombre de los cargos: *el* (señor) *decano*, *director*, *catedrático*, etc. Entre los pares de un mismo grupo en ocasiones se llega a utilizar como vocativos cariñosos palabras que en su recto sentido son ofensivas e insultantes, por ejemplo *cabrón*, *maricón*, *gilipollas*, etc. (cf. Llorente Maldonado 1980:60).²¹

A nada de esto se sustrajo el pasota, quien, por su parte, ha contribuido a la extensión de palabras tan características de su sociolecto como *colega* y *tío*, que además de denotar el individuo que está en el rollo, sirve de equivalente de “compañero”, “colega”, “amigo”. Otras formas habituales en este habla son *cheli*, *tronco* (o *tron*), *beibi*, *macho*, *bodi* (o *body*), *pibe* “muchacha joven, novia”, *titi*, tratamiento afectivo y de confianza, empleado asimismo con el significado de “persona joven, especialmente mujer” (León 1985).

La variedad y el número de estas expresiones, empleadas en forma de tratamiento y salutación, son un buen indicativo de la comunión fática que se desarrolla entre los miembros de una subcultura.

Aparte de estas formas de tratamiento típicas, ocasionalmente emplean entre ellos, con la misma función, palabras que normalmente son proferidas como insultos, algunas tan inusuales como *enano*: son unos enanos, dice Ramoncín refiriéndose a los de la CBS (*Ozono*, 29, 1978, pág. 37).

Este uso peyorativo no es el mismo que tiene el vocativo en la frase “oye enano”, oída entre pasotas madrileños y alicantinos y que encontramos también en los cómics: “Calla enano” (*El Víbora*, 35, 1982, pág. 20). De igual modo, en los cómics underground aparece repetidamente la voz *mamón* en ambos sentidos; e.g.:

[...] el mamón del encargado..., el mamón se lo estaba montando..., ahí tenemos al mamón... (*El Víbora*, 19, 1981, págs. 20-22).

Vaya vamos mamona, la chirona te espera. (*Star*, 53, 1979, pág. 66.)

El fenómeno de la devaluación lingüística no se limita a tratamientos, afecta al mismo estilo narrativo. Así, en su afán de llamar al pan, pan y al vino, vino, todo el mundo, incluidos los jóvenes, recuerda Llorente Maldonado (1980:60), dice con la mayor naturalidad *estar preña-*

21. En parecidos términos se expresa F. Jimenez Losantos (*Diario 16*, 3-10-1986, 3) al comentar la banalización del efecto de determinadas expresiones: “Las quinceañeras se llaman cabronas con todo cariño, los niños mariconazos con camaradería; vamos camino de convertir el taco en galantería, la injuria en saludo y el insulto en gracia.” Ante estas circunstancias ambientales no debe extrañar la actitud del Tribunal Supremo que, en una sentencia contraria al despido de un trabajador por manifestaciones irrespetuosas contra la dirección, llegó a dictar:

[...] las expresiones vertidas en el caso: *cabrón*, *hijo de puta*, *chulo*, *niñato*, *maricón*, *viejo loco*, *carca*, *pirado* y *carroza* son más bien interjecciones pronunciadas en un acalorado comentario con *compañeros*, sin grave ‘animus injuriandi’.”

da, parir, poner los cuernos, etc.; pero además, con un carácter intensificador, enfático, utilizan palabras malsonantes del tipo *cojonudo*, *acojonante*, *de puta madre*, etc.

Si esto es algo muy común entre los jóvenes, en los grupos más marginales y ácratas las palabras malsonantes aparecen por doquier a lo largo del discurso, como queda reflejado en sus publicaciones favoritas. En algunas de ellas, en determinadas secciones, los mismos lectores escriben sus propios mensajes (cf. *supra*), sin ningún tipo de corrección ni selección, con lo que el texto gana en espontaneidad y se acentúa dicha tendencia, si bien la crítica que con ello se profesa no está exenta de cierta pose. El mundo es una mierda, todo es basura, está podrido..., es un campo semántico que se repite constantemente:

...este mundo violento y de mierda en que vive (*Star*, 31, pág. 9).

...las delaciones son normales en el mundo de la mierda (*Star*, 33).

Estoy hasta los cojones de estar dentro de un agujero inmundo (*Star*, 32).

...tal vez sobrevolemos sobre tanta basura y la torta final no sea demasiado dolorosa (*Star*, 56, pág. 22).

Entraría como un miembro más a compartir una comuna urbana de esta podrida ciudad (*Ajoblanco*, 30-2-1978, pág. 69).

En otros ejemplos el mundo se describe con las perífrasis “pozo de mierda” o “bola de mierda” con las que mantiene una isotopía semántica:

Urgentemente necesito salir de este pozo de mierda (*Star*, 31, pág. 38).

...esta gran bola de mierda (*Star*, 26, pág. 49).

...en esta zona de la apestada bola de mierda (*Star*, 31, pág. 39).

En esta atmósfera de nihilismo, de náusea ante la vida, los tacos adquieren un alto valor expresivo, empleándose hasta la saciedad; aparecen frecuentemente antepuestos al nombre, a modo de prefijos, para dar énfasis (cf. en inglés la estructura *fucking* (de *fuck* “joder” + nombre; e.g., he is a *fucking idiot*):

jodido: el juego ha llegado a un punto en que los *jodidos* escritores... los *jodidos* bolos... (*Star*, 35, pág. 7).

estos *jodidos* números (*Star*, 56, pág. 39).

el *jodido* Estado..., un *jodido* fascista, etc. (*Ataka, FM*, Madrid, n.º 1, 1985).

puto: estoy hasta los cojones de la *puta* vida cotidiana (*Star*, 53, pág. 23).

este *puto* planeta... (*Star*, 56, pág. 64).

coño: en este *coño* de país (*Ajoblanco*, 30-2-1978, pág. 69).

a quién *coño* le interesa (*Star*, 35, pág. 51).

Un ejemplo aislado y ya en desuso es el constituido por pintorescas expresiones del tipo *los cojoestatutos*, *la cojoEspaña*, *la cojoasamblea*, etcétera, utilizadas por algunos líderes estudiantiles de la Universidad

de Valladolid en los agitados años de mediados de los setenta; obsérvese lo insólito de la construcción, desde un punto de vista morfológico, donde el segmento *cojo* (< *cojonudo*) actúa como forma combinatoria prefijada, cumpliendo un papel de realce y revistiendo el discurso de una fuerte carga ideológica.

Como puede observarse, la abundante serie de voces irreverentes que he venido citando destaca por su contenido sexual, siguiendo unos patrones culturales muy arraigados entre nosotros. No obstante, por lo que respecta a la expresión irreverente por antonomasia en nuestra cultura, la blasfemia, se advierte una regresión en su uso entre la juventud actual, menos condicionada sin duda por rígidos esquemas de educación religiosa (Daniel 1984:20). Según Vera (1978:29) *la hostia* viene a ser el único elemento coloquial blasfemo entre los jóvenes.

La búsqueda de efectos peyorativos no termina con las palabras tabuizadas o fuertemente argóticas, puede llegar hasta los conceptos más inocentes donde el argot ni siquiera cuenta con variantes informales establecidas, ante lo cual se recurre a veces a distorsiones de sentido muy notorias. Así, en los textos marginales para indicar que el tema está muy tratado, alguien dice "el tema ya está muy *sobado*" (*Star*, 37, pág. 46), y para comunicar donde viven o donde tienen su casa, algunos emplean expresiones como "Mi *chabolilla* está en...", "Llama al teléfono... o escribe, *vegeto* en..." (*id.*, pág. 33). De todas formas hay en estos casos un rebajamiento del nivel de estilo empleado, que se hace más informal conforme a una pauta que es general en el argot.

La distorsión llega a afectar al mismo significante, que puede verse impropriamente modificado en su composición al permitir la sustitución de un morfema o segmento por otro de análoga función pero inaceptable para la raíz del lexema. El resultado es un vocablo perfectamente configurado de acuerdo con las leyes de la analogía y la lógica pero que no ha sido respaldado por la doctrina del uso, lo cual produce una patente hilaridad.

Y esto es una provocación. O los encierran a todos o legalizan la *aborción* (*Star*, 53, pág. 76).

Progres a manta con *predominancia* del tipo cloaquero (*Star*, 24, pág. 11).
...ruego perdonen los *leyentes* de *Star* el precio, pero no tengo una puta peseta (*Star*, 31, pág. 39).

Cagüen la puta! donde va el *innormal* de los cojones (*Makoki*, 4, 1983, pág. 10).

El mismo efecto tiene, en la medida en que es contrario a las expectativas del lector, el empleo de sintagmas lexicalizados donde uno de sus elementos es sustituido, rompiendo así el carácter de cliché o expresión petrificada. Ilustrativo, a este respecto, es un largo pasaje que da cuenta de la protesta de los jóvenes por la exhortación que en cierta ocasión les hiciera el otrora famoso alcalde de Madrid, Tierno Galván, para que no

fumaran hachís. Pues bien, en este contexto, el comentarista, que sin duda adopta una actitud crítica contra el citado personaje, en lugar de referirse a él con el cariñoso sobrenombre de "Viejo Profesor", como popularmente se le conocía, emplea alternativamente las variantes "el senil profesor y el "viejo edil".²²

La fraseología utilizada en estas revistas marginales también me ha llamado la atención al descubrir, al lado de modismos y expresiones del habla común, otras muy peculiares y peregrinas a las que no falta viveza y cierta gracia. Se trata en su mayoría de símiles o comparaciones ideadas para enfatizar una idea o una situación. Entre las más pintorescas figuran las siguientes:

nos encontramos más perdidos que una virgen en un barrio chino (*Star*, 35, pág. 6).

ríe como puta travestizada en morsa (*Star*, 35, pág. 32).

estamos dando más vueltas que un maricón en el rocío (*Makoki*, 16, 1983, pág. 12).

tiene más piojos que la manta de un legía (*id.*, pág. 36).

abandoné el lugar tan impertérrito como un obispo barcelonés (*El Víbora*, 35, 1982, pág. 54).

molas menos que un percebe en una bañera (*Star*, 56, pág. 7).

no se comían ni el agujero de un donut (*Star*, 37, pág. 45).

asusta más que una prueba de embarazo positiva (Maikel 1994:146).

alucinas más que un topo en una discoteca (Maikel 1994:146).

trabajan menos que en la cola del paro (Zafarrancho de correo, *Putá Mili*, 17-3-1993, 17).

van más quemados que una falla en San José (*id.*).

Finalmente, y en la misma línea de desviación lexical, cabe señalar los peculiares nombres propios creados para dar título a publicaciones, librerías, bares, grupos musicales, etc. con una clientela juvenil. Los fanzines y revistas alternativas desde su aparición en los años setenta se caracterizaron, efectivamente, por llevar nombres muy peregrinos y sugestivos, nada extraño a la vista del feísmo que preside su diseño y el público a quien iban dirigidos. Especialmente llamativos son los de *Las Albóndigas pertinaces*, *Alfalfa*, *La puta Loly*, *Kaka de Luxe*, *El rollo enmascarado*, *Alucinio*, *Bazofia*, *Catacumba*, *El polvorón polvoriento* (subtitulado: *El comix para leer en el wc*), etc.

Otro tanto ocurrió con algunos de los nombres de librerías progres en los setenta, si bien resultan mucho menos agresivos a falta de una intención alternativa y por tratarse de establecimientos insertos dentro de las redes comerciales normales. Con todo, la necesidad de servir de reclamo a un público joven y progresista o contestario, explica el exotismo de algunos de sus títulos. Entre los ejemplos que he espigado citaré *Taj*

22. J. A. Maillo, "Del 'pleno del porro' a las tonterías de Tierno Galván", *Star*, 53, págs. 75-76.

Mahal (Zaragoza), nombre de un mausoleo indio y que recuerda, por tanto, la cultura oriental, tan de moda en la época; *Graffiti* (Barcelona), *Rock and Roll* (Santa Cruz de Tenerife), *TRIP Alorasagarti* (San Sebastián) tienen una referencia marginal; *Abraxas* (Barcelona) es un personaje de la novela *Demian* de Herman Hesse, indiscutible profeta del underground y un símbolo de la nueva ética postulada en su filosofía.²³

Dentro de la onomástica juvenil merecen especial mención los grupos musicales del momento. Aunque no faltan algunos nombres tradicionales, más o menos similares a los que encontramos en los grupos pop de los sesenta (recuérdense *Los Bravos*, *Los Brincos*, *Los Pekenikes*, etcétera), en general son muy extraños y sugerentes y evocan el mundo de la marginación, la violencia y la contestación. Cualquiera aficionado o simple curioso se sorprenderá o desternillará de risa al encontrarse con grupos denominados *Golpes Bajos*, *Presuntos Implicados*, *Peor Imposible*, *Cromosomas Salvajes*, *Urgente*, *Goma-2*, *Comando 9 milímetros*, *Los Inhumanos*, *Carne de Psiquiátrico*, *Garrote Vil*, *Descontrol Llamando a Base*, *Melopea Intensiva*, *La propiedad es un robo*, *Extrema Cordialidad Homicida*, *Los Negativos*, *Inadaptados*, etc.

En algunas denominaciones se hace uso de palabras especialmente malsonantes e irreverentes por su contenido sexual, *La Polla Records*, *Semen up*, *Ramoncín & wc*, *Masturbadores Mongólicos*, *Matrona Impúdica*, *Sex Museum*, *Cicatriz en la Matriz*, a las que pueden añadirse *Markando paquete*, *Extremoduro* y *Tonio no me mires el conio* (cit. por Morant 1991:117).

Como puede imaginarse, muchos de los nombres de los discos de estos grupos (especialmente punk), lo mismo que la letra de sus canciones y su música, se distinguen igualmente por un brutalismo descarnado y la más absoluta falta de respeto a los cánones vigentes, símbolo inequívoco del grito de toda una generación. A guisa de ejemplo citaré "La regla" y "Nacido del polvo de un borracho y del culo de una puta", dos títulos incluidos en un LP del grupo La Traperera; "Pompis de Luxe", single del grupo punk valenciano, La Morgue; "Me gusta ser una zorra", famoso disco de Las Vulpess. (Sobre este punto, véase también Puig 2002.)

Esta onomástica tan peculiar en todo lo que rodea a la música no es un fenómeno original en nuestro país. Desde los años sesenta, muchos grupos españoles han venido imitando los estilos provenientes de Inglaterra y Estados Unidos, y esta influencia no se circunscribe sólo a la música y a sus letras, también alcanza a los títulos de los grupos y sus canciones, que con frecuencia rezuman una ideología contracultural y un tono irreverente y agresivo. La tendencia se puso de especial manifiesto en los años setenta con grupos rockeros, en su mayoría punk, tan llamativos como *Vice-Squad*, *Bad Manners*, *Misfits*, *Nobody's favourite*, *The Special Madness*, *Nihilistics*, *The Mad*, *The Exploited*, *The Clash*, *The Worst*,

23. Citados en "Guía del comix y prensa marginal o alternativa", *Star*, 35, pág. 52.

Corrosion of Conformity, The Iconoclast, Wasted Youth, Ash Tradition. Se representan, pues, como locos, inadaptados, maleducados, viciosos, marginados, la escoria de la sociedad. El mismo nombre *punk* (lit. "mierda"), o los de otros estilos como *funk* (originariamente "maloliente") y *superbad* (lit. "supermalo"), parecen formar parte de una lengua especial de fantasía y alienación en la que los valores están invertidos y lo terrible se describe como excelente (cf. Hebdige 1984:162).

En cuanto a la irreverencia de tipo sexual y pornográfica, ésta no puede ser mayor: entre los nombres de grupos cabe mencionar el conocido *Sex Pistols* ("pistolas sexuales"), y los de *Fucking Bunch* ("pandilla de folladores"), *Starfuckers* ("folladores de estrellas"), *Crucifucks*, *Throbbing Gristle* ("cartilago [polla] palpitante"), *Nipple Erectors* ("erectores de pezones"), *Buzzcocks* ("penes zumbadores"), *The Slits* ("rajas"), *Fanny* ("culo"); y entre los títulos de sus canciones encontramos los de *Here's The Sex Pistols*, *Never Mind The Bollocks* ("No importan los cojones"), *Fuck off* ("Vete a tomar por el culo", de Electric Chairs), *If You Don't Want to Fuck Me, Fuck Off* ("Si no quieres joder conmigo, vete a tomar por el culo"), *Sexbomb* ("Bomba sexual", himno de los Flipper).

La utilización de fraseología erótica y porno con un tinte humorístico como vía de promoción en ambientes juveniles y marginales, también afecta a otros productos. Tasqueando por el barrio antiguo de Alicante, por ejemplo, uno se encuentra con nombres de cócteles de bebidas tan peculiares como *tócame los huevos*, *bájame las bragas*, *orgasmo de monja*, *paja de cura*, *pezoncillos*, *cojoncillos*, *quickie* (un "rapidito" o "polvo rápido", en inglés). En otras latitudes también se registran otros de parecido tenor, como *infarto de poyicardio*, *abrebragas*, *levanta-pitos*, *esperma de mono*, 69, etc. (cit. por Estévez et al. 1996:92).

3. Conclusiones y consideraciones finales

En términos globales el lenguaje marginal, como en su día lo fuera el lenguaje pasota, consta de un vocabulario relativamente reducido por definición, siendo ésta una de las propiedades de todo *antilinguaje*; expresa una (sub) cultura que está sumergida dentro de otra cultura, de la cual hereda su armazón sintáctica, sin apenas alteraciones, y la mayor parte de su inventario léxico, sólo a excepción de aquellas unidades que connotan un sistema de valores distintos.

Al pasota le anima una intención contracultural, rechaza el sistema y para subvertirlo redefine el universo lingüístico establecido desfigurando sus códigos, lo que para Barthes es la mejor de las subversiones. En el léxico, esta voluntad transgresora se manifiesta principalmente de dos maneras: deformando el significante, por mutilación o alteración de su morfología —aspecto que he dejado prácticamente de lado aquí y del que se ocupa Manuel Casado en este mismo volumen—; o estableciendo una nueva relación entre significante y significado, lo cual se traduce en

una enorme polisemia que depara nuevos o inevitables “ruidos” al acto de la comunicación, especialmente al receptor adulto o extraño al grupo cuya confusión en parte se pretende.

Sus unidades léxicas más características destacan por el énfasis en lo connotativo y con frecuencia asumen un carácter humorístico y peyorativo. A ello se llega a través de significantes que encierran en sí mismos expresividad, como una cualidad inherente, lo cual les hace fácilmente distinguibles y objetopreciado de las recopilaciones de argot; pero la valoración expresiva puede ser también circunstancial y depender enteramente del contexto.

Se habrá observado que, por lo general, los rasgos lingüísticos que definen la intencionalidad agresiva e informal de los sociolectos juveniles son reconocibles igualmente en el lenguaje popular, pero lo que diferencia a aquéllos, especialmente los de carácter más marginal y contracultural, es una mayor presencia y sistematicidad, y, además, una coherencia en la elección de significados desvirtuados de la realidad, en virtud de la cual adquieren el distintivo de antilenguaje.

El tono rabiosamente peyorativo que impregna las connotaciones del léxico marginal y juvenil guarda estrecha relación con la época especialmente crítica que le ha tocado vivir a la juventud de los últimos lustros. Hasta el lenguaje “pijo” de estos últimos años a menudo exhibe similares características; palabras como *burro* o *cerda* por “moto”, *gusano* “el Metro”, *ojo* “culo” (cit. por Canales 1989) parecen rezumar las mismas actitudes, como si de una ósmosis o mimetismo cultural se tratara. Todo ello en claro contraste con el lenguaje juvenil de los pijos de los años cincuenta, empleado especialmente por los niños bien de la calle madrileña de Serrano (el denominado “tontódromo”), del que Correa Calderón (1959) nos ha dejado algunos testimonios: e.g. “¿Quemásteis mucho caucho?” (= ¿viajásteis mucho?), “ponme fumando” (= dame de fumar, dame un pitillo), “incinéreme el cilindrin”, (= enciéndame el cigarro, déme fuego), “castígame la Pepsi con gin” (dame un cubata), “sorpréndame con un vidrio” (= deme un vaso (de vino), “insístame en oro líquido con burbujas” (= tráigame otro whisky con seltz), “¿te vienes a tumbiar la aguja?” (= ¿te vienes a dar un paseo [con el coche] a toda pastilla?).

El virtuosismo que revelan estas frases, o mejor perífrasis —lo que contrasta también con el laconismo de la generación actual— y el tono ridículamente festivo y optimista que denotan, es expresivo de un grupo privilegiado que se las prometía muy felices con las primeras escapadas en automóvil y las primeras incursiones en las cafeterías, en suma con la llegada de la sociedad de consumo y bienestar que más tarde el pasota vería amenazada.

Retornando al sociolecto pasota y marginal quisiera subrayar, para terminar, que, a pesar de las reacciones críticas que suscitaron en su día entre los puristas, dichos lenguajes se han erigido en fuente de creación lingüística que han contribuido a dinamizar el habla coloquial sin dis-

tinción de edades. ¿Quién no ha utilizado o no recuerda haber oído alguna vez palabras tan expresivas para el pasota como *movida*, *muerdo*, *alucinar*, pertenecientes en su origen al léxico de la droga, u otras como *bocata* (bocadillo), *cubata* (cubalibre), *taco* (año), *kilo* (millón de pesetas)? No olvidemos, por último, que este trasvase de voces de los sociolectos juveniles al lenguaje popular se ha producido en una época en que la juventud está de moda y a diario se convierte en noticia en unos medios de comunicación siempre ávidos y dispuestos a proyectar su imagen, un hecho que desde luego no ocurrió en tiempos más remotos.

Referencias bibliográficas

- Alonso Hernández, José Luis (1976): *Léxico del marginalismo del Siglo de Oro*. Universidad de Salamanca.
- Altieri Barreto, Carmen G. (1973): *Léxico de la delincuencia en Puerto Rico*. Universidad de Puerto Rico: Ed. Universitaria.
- Barkdull, W. L., (ed.) (1962): *A Dictionary of Criminal Language*. Sacramento, Bureau of Corrections, State of California.
- Besses, Luis (1905): *Diccionario de argot español*. Barcelona: Sucesores de Manuel Soler. (Reimpr. Universidad de Cádiz, 1989.)
- Brake, M. (1980): *The Sociology of Youth Culture and Youth Subcultures: Sex and Rock'n'Roll?* Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Burgos, Antonio (1977): "El lenguaje del rollo rockero, tío", *Triunfo*, 22-10-1977, 44-49.
- Canales, Lola (1989): "Manual para entender a los 'pijos'", *Tribuna*, 27-11-1989, 120.
- Casado Velarde, Manuel (2002): "Aspectos morfológicos y semánticos del lenguaje juvenil" (en este volumen).
- Casas Gómez, Miguel (1986): "Gitanismos designativos de la prostituta en el español moderno", *Romanisches Jahrbuch* 37, 225-229.
- Daniel, Pilar (1984 [1980]): "Panorámica del argot español", en V. León, *Diccionario de argot español*. 4.ª ed., Madrid: Alianza.
- Eble, Connie C. (1989): *College Slang 101*. Wilton, CT: Spectable Lane Press.
- (1996): *Slang and sociability: in-group language among college students*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Escohotado, Antonio (1998): *Historia general de las drogas*. Madrid: Espasa.
- Estévez, María et al. (1996): "La creatividad léxica en los nombres de algunas bebidas alcohólicas populares (II): Campos referenciales y procesos de formación léxica", en Luque, J. de D.; Manjón, F. J. (eds.), *Estudios de lexicología y creatividad léxica* (III Jornadas internacionales sobre estudio y enseñanza del léxico. In memoriam Leocadio Martín Mingorance). Granada: Universidad, 91-99.
- García Ramos, Jesús (1985): "El lenguaje actual de los maleantes españoles" (I)?, *Policía* (Madrid), Informe monográfico, n.º 8.
- Gelber, Jack (1962): "The Connection", en *Seven Plays of the Modern Theater*. Nueva York: Grove, 225-268.
- González González, Eugenio (1985): "Jerga o argot empleado por el menor inadaptado social. Vocabulario de delincuencia juvenil", *Surgam*, n.º 382, 5-12.
- Green, Jonathan (1986): *The Slang Thesaurus*. Londres: Elm Tree Books.

- Hall, S. et al. (1976): "Subculture, Culture and Class", en S. Hall et al. (eds.), *Resistance Through Rituals*. Hutchinson.
- Halliday, M. A. K. (1978): *Language as social semiotic*. Londres: Arnold.
- Hebdige, Dick (1984 [1974]): *Subculture. The meaning of style*. Londres: Methuen.
- León, Víctor (1984 [1980]): *Diccionario de argot español y lenguaje popular*. 4.^a ed. Madrid: Alianza.
- Llorente Maldonado, A. (1980): "Consideraciones sobre el español actual", *Anuario de Letras* (México), 18, 5-61.
- Maikel [Miguel Ángel García Laparra] (1994): *La mili que te parió. Tratado práctico del escaqueo*. Madrid: Temas de Hoy.
- Malvido, Pau (1977): "Nosotros los malditos", serie de artículos publicados en la revista *Star*, números 23, 24, 26, 27 y 28.
- (1977): "Los raros", *Interviú*, junio, 84-89.
- Marcuse, Herbert (1972): *An Essay on Liberation*. Harmondsworth, Middlesex: Penguin.
- Martín, Jaime (1974): *Diccionario de expresiones malsonantes del español*. Madrid: Istmo.
- Morant, Ricardo (1991): "La gramática verbal", en López García, A.; Morant, R. *Gramática femenina*. Madrid: Cátedra, 89-136.
- Nash, J. R. (1992): *Dictionary of Crime*. Londres: Headline.
- Oliver, Juan Manuel (1986): *Diccionario de argot*. Madrid: Sena.
- Ordovás, Jesús (1977): *De qué va el Rollo*. Madrid: Ediciones de la Piqueta.
- Quetglas, Pedro J. (1974): "Condicionamientos y paradojas en el lenguaje pasota", *Letras de Deusto*, 14, 30, 169-74.
- Patton, Frederick R. (1980): "Expressive Means in Russian Youth Slang", *Slavic and East European Journal*, 24, 3, 270-82.
- Puig, Quim (2002): "Gritos, ruidos y palabras: las letras del pop español (1977-2000)", en Rodríguez, F. *Comunicación y cultura juvenil*, cap. 5.
- Racionero, L. (1980 [1977]): *Filosofías del underground*, 2.^a ed. Barcelona: Anagrama.
- Rodríguez González, F. (1999): "Apuntes lexicográficos sobre el argot español", *Revista Española de Lingüística*, 29, 2, 455-479.
- Rodríguez, F.; Rochet, Bernard (1999): "Variación sociolingüística en el léxico: mujer, esposa y señora en español contemporáneo", *Analecta Malacitana*, 22, 1, 159-178.
- Romaní i Alfonso (1983): *Droga i subcultura: una historia del haix a Barcelona (1960-1980)*, resumen de tesis doctoral, Universidad de Barcelona.
- (1985): "La introducción de la droga en la cultura juvenil", *Revista de Estudios de Juventud*, 17, 91-102.
- Romero, Manuel (1982): "Académicos del asfalto", *Diario 16*, 20-3-1982, 30-31.
- Serrano Gómez, Alfonso (1970): "Lenguaje del hampa", en *Delincuencia juvenil: estudio criminológico*. Madrid: Doncel, 291-293.
- Tamony, Peter (1981): "Tripping out from San Francisco", *American Speech*, 56, 2, 98-103.
- Umbral, Francisco (1983): *Diccionario cheli*. Barcelona: Grijalbo.
- Vera, Pedro (1978): "Otra manera de hablar", *La Calle*, 25-4-1978, 28-29.
- Villarín, Juan (1979): *Diccionario de argot*. Madrid: Nova.
- Young, J. (1971): *The Drug-Takers*. Paladin.